

Históricas Digital

Miguel del Barco

*Historia natural y crónica de la antigua California
Adiciones y correcciones a la noticia de Miguel Venegas*

Miguel León-Portilla (edición, prefacio, estudio preliminar, notas y apéndices)

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1988

486 + [XX] p.

Ilustraciones, mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 3)

ISBN 968-837-721-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/141a/historia_natural.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

INTRODUCCIÓN
POR MIGUEL DEL BARCO



La California¹ tiene de largo, desde el cabo de San Lucas hasta el último terreno al norte, ya reducido, más de trescientas leguas, y como otras ciento de reconocido en parte y descubierto.² Su anchura no corresponde a esto, pues siendo en el cabo de San Lucas de diez leguas, prosigue después ya de veinte, ya de treinta, ya de cuarenta leguas de un mar a otro, según ensanchan más o menos las varias vueltas y revueltas de ambas costas. Siendo el país tan dilatado, es preciso que no sea en todas partes uniforme el temperamento de su aire y las calidades de su terreno. Así sucede, pero puede decirse en general que su temple es seco y caliente con exceso, y que la tierra es quebrada, áspera y estéril, cubierta casi toda de tierras pedregales y arenales inútiles, escasa de lluvias, y de manantiales, y por eso poco a propósito para ganados y del todo inepta para siembras y árboles frutales, si no hay agua con qué regarlos con frecuencia. Hablando más en particular, por espacio de veinte a treinta leguas, desde la bahía de San Bernabé o San José del Cabo, es menos áspera y estéril la tierra y más frecuentes los manantiales de agua, y más abundantes los pastos que en lo demás. En cuanto al temple, así este terreno desde el cabo de San Lucas hasta mucho más allá del presidio de Loreto, centro de la Conquista, es excesivo, por lo regular, el calor. Bien que éste se templara en invierno y llega a hacer algún frío, y aun a helarse el agua, mas esto sucede muy rara vez en el terreno dicho; pero más al norte es mayor el frío y, desde antes de los 30 grados, suele nevar por lo menos en la sierra. Lo más cálido de toda la California es la costa del Golfo.

Por cincuenta leguas, desde el cabo de San Lucas hacia el norte, (que es la tierra que en la California llaman Sur), es terreno menos áspero. No obstante, fuera de algunas sierras que tiene cerca del Golfo, se levanta otra más grande en medio de la tierra, que corre de sur a norte, comenzando casi desde el mismo cabo de San Lucas, por espacio de treinta leguas o

¹ A modo de introducción a la historia natural hemos incluido estas páginas en las que Barco corrige y adiciona lo que consignaron Venegas y Burriel en el capítulo III, de la primera parte de la *Noticia...*, que precisamente versa sobre la "Descripción de la tierra de la California y sus calidades".

² Una legua, como medida itineraria en España, equivalía a 5,572 metros y 7 decímetros.

En el caso de la Nueva España, durante el siglo XVIII, la legua tenía longitud equivalente a 4,190 metros. Véase: Manuel Carrera Stampa "El sistema de pesos y medidas colonial," *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, t. XXVI, núm. I, p. 13.

más. En las cercanías de esta sierra se hallan aguajes con bastante frecuencia; mas, en retirándose de ella algunas leguas, como en lo restante del sur hacia La Paz todo es tierra bastante llana sí, pero muy seca. Pasado el sur, se sigue la tierra de los guaycuras que, aunque en la mayor parte poco montuosa, es de lo más estéril de la California toda.

Desde el sur corre sin interrupción por toda la península una áspera sierra, no por medio de la tierra, como la del sur, sino por las cercanías del Golfo, siguiendo la misma dirección de éste y de la tierra, que es sudeste-noroeste, o quizá diremos mejor sur-sueste-nort-noroeste. En algunas partes baña el mar la falda de la sierra, y en otras se desvía una y dos leguas, y tal vez más, dejando este trecho, por lo regular, de tierra baja y poco más alta que el mar. De suerte que por esta parte oriental la sierra baja con precipitación, o con ladera poco tendida, hasta este plano, o hasta el mismo mar. Por el otro lado del poniente no es así; porque sólo baja precipitadamente como hasta la mitad de su altura. Desde aquí va la tierra bajando muy poco a poco y se extiende largamente ya en llanuras, ya en tierra desigual, ya también en otros cerros que de nuevo se levantan. De esta suerte prosigue por unas partes hasta el océano, y por otras hasta algunas leguas antes de llegar a él, en donde comienza la tierra baja, y grandes arenales hasta el mar.

Desde donde esta tierra alta comienza a apartarse de la sierra principal se van formando los arroyos en los sitios más bajos, para dar corriente a las aguas de las lluvias. Estos arroyos corren muy profundos aun cuando se han apartado muchas leguas de la sierra, teniendo a uno y otro lado muy altas laderas, como de sierra. Mas, subiendo por ellas hasta su cima, se halla con frecuencia que son llanuras dilatadas con poco declive y con muchas piedras, hasta que interrumpe estos llanos otro arroyo profundo que más adelante se encuentra. Bien que en otras muchas partes, montada a la cima, no se encuentran tales llanuras sino terreno desigual y áspero. Aunque los arroyos caminan por las profundidades ya dichas, no van tan estrechos que, (demás de tener ancha caja, como de río), no tengan a una y otra mano sus pedazos de tierra llana, en unas partes estrechos y en otras algo más anchos. Esta tierra cercana a los arroyos es, por lo común, débil y arenisca, cuando la que hay en los altos toda es tierra barrial y algo roja. Así corre la tierra de los cochimíes, (que es la más montuosa y áspera), desde el grado 25 de altura, o algo menos, hasta el 30, casi toda llena de piedras, de suerte que causa admiración el ver tanta piedra suelta. En la mayor parte de la tierra de los guaycuras la piedra suelta es poca, y en el sur apenas se halla alguna sino en la sierra.

Desde el grado 30 en adelante no es el suelo tan áspero ni pedregoso; pero es mayor la esterilidad y sequedad, hasta el grado 32, en donde la tierra muda algo de semblante, con más arboleda y frecuentes manantiales, según se reconoció el año de 1766 hasta el grado 33 o poco más.³ Y

³ Alude aquí el autor a las exploraciones realizadas por el también misionero

el padre Kino, que atravesó el río Colorado entre 34 y 35 grados, y registró las tierras que caen al poniente de este río entre el canal de Santa Bárbara, puerto de Monterrey, y cabo Mendocino, asegura que son campiñas llanas y fértiles, pobladas de arboledas, abundantes de aguas y de pastos y muy a propósito para establecer en ellas poblaciones. Confírmase esta noticia con lo que experimentó en la costa exterior, perteneciente a dichas tierras, el general Vizcaíno, quien afirma que ni en el temple ni en la escasez de frutos se parecen aquellas costas a lo restante de la California. Pero debe entenderse desde los 32 grados de altura en adelante. Y, como dejamos ya advertido, reconocida la tierra en lo interior, en esta altura se halla de mejor semblante, con más agua y arboleda, y es creíble que en la costa se halle la misma mutación a igual altura. Mas hasta los 31 grados toda esta costa exterior está reconocida por tierra, y toda se ha hallado uniforme en esterilidad y sequedad, a excepción del paraje de Todos Santos en el sur. La isla de Cerros, que los indios llaman *Huamalgua*, es cierto que tiene muchos pinos, aunque sólo tiene de altura cosa de 28 y medio grados,⁴ y puede creerse que también los tendrán las otras islas que están más adelante; más en la dicha costa hasta el grado 31 nada de esto se halla.

“La idea, pues, que se debe formar de lo descubierto tierra adentro, por más de 30 leguas en la California, es poco ventajosa; pero, aunque generalmente hablando, sea su suelo áspero, seco y estéril, y su cielo destemplado, con todo eso hacia la sierra suelen encontrarse algunas parajes menos incómodos así para vivienda, como para frutos.”⁵ Porque las faldas de las sierras ofrecen algunos manantiales para el riego, sin el cual nada se puede sembrar ni aun plantar, por la escasez de las lluvias, poca regularidad de ellas, y porque, aunque en los años que son más copiosos, duran poco tiempo, sin poder acabar de sazonar los frutos sin el socorro del riego. Y finalmente en algunas rinconadas y cercanías de arroyos, y aun en las laderas, cuando ha llovido bien, suele haber algún pasto para los ganados, los cuales no pudieran allí mantenerse con sólo el pasto común por la escasez de él sino que aprovecharán también del ramón o renuevos de árboles y matorrales, que comen tan bien o mejor que el pasto.

Para el establecimiento de las *cabeceras*⁶ de las misiones se ha procu-

Wenceslao Linck. De ellas hablará con mayor detenimiento en la segunda parte de su obra.

⁴ Resulta de interés destacar la considerable precisión con que Barco registra los grados de latitud. En el caso particular de la Isla de Cerros (conocida hoy como Isla de Cedros), sabemos que está situada entre los 28° 02' 20" y 28° 22' 55" de latitud norte. (Bibiano F. Osorio Tafall, “La isla de Cedros, Baja California, ensayo monográfico, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* t. LXVI, 3, nov-dic. 1948, p. 320).

⁵ Este y otros párrafos entrecornillados provienen —como lo indicó antes Barco— de la *Noticia de la California*.

⁶ El propio autor explica en una nota lo que debe entenderse por *cabecera*: “Este nombre se da a la población principal en que reside y asiste el misionero que tiene a su cargo, por lo regular, muchas reducciones o pueblos pequeños que visita y a los que asiste”.

rado siempre buscar la cercanía de manantiales permanentes y copiosos, en cuanto ha sido posible hallarlos, para tener con su riego alguna siembra con qué mantener el pueblo que se establece en la misma cabecera, (y para socorro de los enfermos y otros necesitados de la misión), y lograr de esta suerte que los indios se acostumbren a vida cristiana y civil. No obstante que los arroyos están por lo regular secos, como caminan entre serranías o tierra alta, tienen en ciertos parajes algunos manantiales y a más y a menos abundantes. Mas, a poco correr el agua, se consumen en la tierra o arena. Si el manantial es algo copioso, y está en paraje que se pueda sacar el agua para el riego por medio de una presa que ataje el arroyo, y haga rebalsar y subir el agua, en tal caso se saca del arroyo y se benefician las tierras vecinas que hay, o las que alcanza a regar el agua en ocho, o a lo más en diez días, que por ser la tierra tan seca, es menester regarla con esta frecuencia; y por la misma razón consume mucha agua, y el riego anda poco en un día. En tales parajes, cuando se han hallado, se han establecido las cabeceras de las misiones; y las más de ellas están sobre arroyos que corren al océano.

Los arroyos de la California comúnmente están secos y sólo corren cuando, uno o dos días, ha llovido copiosamente. Entonces sí que las cajas de los arroyos se llenan de tal suerte y corren con tal ímpetu que parecen unos grandes ríos. Esta creciente dura uno o dos días, o poco más, según fueron las lluvias que precedieron y dentro de pocos días vuelven a quedar tan secos como antes. Si no es que estas lluvias y avenidas grandes se repiten tres o cuatro veces en la temporada de lluvias, (que es agosto y septiembre; y aunque en julio suele llover, son aguaceros cortos), porque entonces quedan con agua corriente los arroyos por más tiempo, aunque con poca agua. En estos años de abundantes lluvias, (que en la California lo son, si caen tres o cuatro copiosos aguaceros en la temporada, aunque no llueva más en todo el año), los arbolillos y matorrales, que la mayor parte del año están sin hojas y al parecer secos, brotan y se renuevan, nacen yerbas y pastos; y la tierra, vestida de verde, adquiere alguna hermosura que solamente dura de dos a tres meses, volviendo luego a su natural aridez.

Mas no caen todos los años tales lluvias que hagan correr los arroyos, antes bien es cosa más rara que esto suceda dos años consecutivos que el que por dos o por tres años seguidos no corran ni una sola vez porque, aunque en este tiempo haya llovido algo, es algunos años tan poco que ni nacen pastos, ni los árboles se renuevan, por lo cual en tales años hay mucha mortandad en los ganados. Otros años, aunque llueva algo más, y nazcan algunos pastos, no ha sido bastante para que los arroyos se muevan; no obstante que, por ser la tierra áspera y llena de cuevas y sierras, la mayor parte del agua, cuando llueve, baja con precipitación a los arroyos.

De éstos unos llevan sus aguas (cuando las tienen), al seno, y otros al océano. Los primeros, por lo común, son menores y su curso es poco dilatado; porque como tienen su origen en la sierra principal y ésta, según dijimos, corre en las cercanías del seno, los arroyos que se encaminan a él poco tienen que correr. Por la misma razón los que se dirigen al océano

tienen un curso mucho más largo, ya de quince ya de veinte o treinta leguas, y por consiguiente atraviesan la mayor parte de la península; y como en su decurso se les van juntando otros arroyos, se hacen formidables en las avenidas. Con todo eso algunos de éstos, ni aun en las mayores crecientes conducen su agua hasta el mismo mar; sino que, llegando a los dilatados arenales de sus cercanías, se pierden, se esparce el agua y se consume en la arena una o dos leguas antes de llegar a él, sin quedar por ese espacio vestigio alguno de arroyo. Como la sierra principal del sur, según dejamos advertido, corre por medio de la tierra (y aun más cercana al océano, que al golfo), arroyos que comienzan en la misma sierra y se encaminan al seno, tienen carrera más dilatada que los de fuera del sur, que van al mismo seno o golfo californico.

Entre los arroyos que desaguan en el seno, dos exceden tanto a los demás en el caudal de sus aguas, que algunos les han dado el nombre de ríos en sus relaciones antiguas, y por eso no debe extrañarse si en esta obra tal vez se honran con este nombre; pero realmente no son sino unos arroyos de abundante caudal en su línea. El uno de éstos pasa junto al pueblo de San José del Cabo, y desagua en la inmediata bahía de San Bernabé. El otro es el de Mulegé, donde está situada la misión de Santa Rosalía. Éste nace como a media legua del mar, en la caja muy ancha del arroyo entre profundos arenales, los cuales han impedido el hacer allí una presa firme, no sólo por la profundidad de la arena, sino aún más, porque la mucha agua que corre entre ella, impide el trabajo. Acaso el agua que corre oculta entre la arena es mucha más que la que va al descubierto; y acaso es tanta, que si toda corriera descubierta, mereciera el nombre de río o riachuelo. Es muy verosímil que de esta suerte corría, cuando le dieron el nombre de río al principio de este siglo, cuando se fundó aquella misión; y que después algunas extraordinarias avenidas, en las lluvias, llevaron la tierra que le servía de madre, dejando en su lugar tanta arena, en que ahora se oculta la mayor parte del agua. Cosa semejante ha sucedido en otros arroyos. Por una parte el cultivo de algunos pedazos de tierra a su orilla, y por otra los ganados que talan todo lo verde, que sirve de defensa a la tierra contra las crecientes, la pusieron a descubierto para que dichas crecientes la llevaran al mar, sustituyendo por ella la arena.

Propiamente hablando no hay río alguno en toda la península, ni en una ni otra costa, (no hablando del Colorado, que es su término por aquella parte), y aunque queda arriba notado que no han podido los jesuitas reconocer exactamente la costa exterior por el poniente, sino sólo en tal cual parte, se ha de entender para poder dar razón puntual y menuda de todas sus bahías, ensenadas, puertos, cabos, puntas y surgideros. Pero la han reconocido sobradamente para saber de cierto que, desde el cabo de San Lucas hasta el grado 31 de latitud, no se halla río alguno que entre en el mar de occidente o mar del sur. Y aun se puede decir lo mismo, aunque no con igual certeza, hasta el grado 33 de la misma costa exterior.

“Monsieur de Fer, y otros geógrafos modernos, colocan en esta costa, en



altura de 26 grados, después de la punta de Santa Apolonia, el puerto de San Martín, el de Año Nuevo y el río de Santo Thomé, con la nota de haber sido descubiertos, año de 1684. Por este mismo tiempo fueron las expediciones del almirante Atondo, a quien acompañó el padre Kino, y aunque no hallo en las relaciones de esta expedición que Atondo tocase en esta costa exterior occidental, sino sólo en los puertos de la interior, y oriental dentro del golfo, con todo eso, siendo el padre Kino extrañamente curioso y hallándose tan interesado en las cosas de la California, no parece creíble que pudiese padecer equivocación sobre el hecho de este descubrimiento. Dicho padre, así en su mapa manuscrito grande como en el impreso reducido, señala el río de Santo Tomás como caudaloso, que, naciendo entre veinte y seis y veinte y siete grados, atraviesa casi toda la península, desemboca en el mar del Sur antes del grado veinte y seis, y forma en su boca un ancho puerto, a que llama puerto de Año Nuevo, descubierto, año de 1685. A una y otra margen del río dibuja como poblaciones cristianas, atendidos sus nombres, a Santiago, Santos Inocentes, San Juan, San Esteban, Reyes, Noche Buena, Tebaida y San Nicolás. Sin embargo yo no encuentro en las relaciones de aquel tiempo noticia alguna de este hallazgo; a lo cual debo añadir que en las relaciones de los años últimos tampoco se hacen mención de tal río, poblaciones y puertos, hallándose en ellas memoria aun de arroyos pequeños. Por éstas y otras razones no me atrevo a decidir y, habiendo otras muchas dificultades de la misma naturaleza sobre esta costa exterior, básteme remitir al lector a la relación del viaje del general Vizcaíno, que he ofrecido copiar al fin, mientras no logramos noticias más recientes y exactas.⁷”

⁷ Es éste otro párrafo tomado de la obra de Venegas-Burriel. (*Noticia de la California*, v. I, p. 44-45).